

Una nueva lectura del *Popol Vuh*

Alfonso Arellano Hernández*

Es bien sabido que un tema no se agota por más veces que los investigadores vuelvan a éste en diversas ocasiones. Eso ocurre con los acercamientos a uno de los más famosos textos mayas: el *Popol Vuh*. Desde luego, la mayor parte de los especialistas se ha aproximado con base en diferentes perspectivas, si bien casi todas conducidas por un mismo hilo, a saber: el análisis simbólico y religioso de los contenidos. Algunos más —pocos— han enfatizado en la traducción y el estudio lingüístico del texto. De hecho, éstos son algunos aspectos que requieren mayor atención. En esta ocasión deseo presentar algunas reflexiones acerca de cómo el *Popol Vuh* se ha utilizado entre distintos sectores de la población, acaso a escala mundial.

Así, encuentro al menos tres vertientes:

- 1) El *Popol Vuh* en el imaginario “culto” ladino.
- 2) El *Popol Vuh* en el imaginario popular ladino.
- 3) El *Popol Vuh* en el imaginario maya moderno.

Antes de entrar en materia, conviene resumir algunos elementos referentes a cómo se ha definido el *Popol Vuh*.

¿Qué es el *Popol Vuh*?

Deben traerse a la memoria dos categorías aplicadas a tan famosa obra. Por un lado se le llama “libro del consejo”, y por el otro se le apoda “la Biblia de los mayas”. Ambos calificativos tienen su raíz en la edición realizada por el abate Charles Étienne Brasseur de Bourbourg en 1861, en París, cuando publicó esta obra traducida del quiché al francés (Brasseur, 1861). Casi nadie ha puesto en duda tales rasgos, aunque hasta cierto punto carecen de sustento.

Traducir *Popol Vuh* como “libro del consejo” resulta erróneo. En todas las lenguas mayas *popol* significa lo relativo al gobierno y los gobernantes, pues deriva de la palabra *pop*: “petate”, “estera”. Y *vuh* equivale a “papel”, “libro”. Así, *Popol Vuh* no significa “libro del consejo, del común, del pueblo”, como se manifiesta en muchas

* Escuela Nacional de Antropología e Historia, INAH (johnatreides@yahoo.com).

ediciones. No se trata, pues, del texto donde toda la nación quiché depositó su antigua sabiduría para hacerla perdurar pese a la Conquista. Por el contrario, era una obra para la élite.

En cuanto se refiere a considerar el *Popol Vuh* como la “Biblia de los mayas”, aparte de la exageración, la idea parece válida. El propio fray Francisco Ximénez redactó unos escolios donde estableció algunos de los elementos de la Biblia que se trasvasaron a *Las historias del origen de los indios* (Ximénez y Scherzer, 1857). Así, el autor del libro es una persona conocedora de los temas de la santa fe católica, quien interpoló con sabiduría distintos comentarios extraídos de la Biblia, al igual que de citas en latín, presentes a lo largo de los relatos quichés. Desde luego, eso no aminora su valor en términos de los elementos quichés que preserva; incorpora una buena cantidad de los mismos a través de las genealogías y los bailes mencionados.

Al mismo tiempo debe señalarse que el texto está formado, *grosso modo*, por dos grandes temas: el mítico y el histórico. Y aquí radican las grandes vertientes que hoy permean las múltiples interpretaciones del *Popol Vuh*. El énfasis ha caído en la parte mítica, en tanto que la histórica se ha relegado por “aburrida”. Veamos.

El tema mítico remite a una compilación de varias obras “teatrales”, de transmisión oral, que aún se representan en Guatemala y Chiapas, y de las que se encuentran referencias en Yucatán. De acuerdo con el propio texto quiché, se trata de *bix* o *bixic*: cantares bailados, bailes con declamación. Se trata de obras independientes. Las más notorias son Hunahpú-Qoy (o el baile del mico), los pasajes de Vucub-Caquix (Siete Guacamayos), Zipacná, Cabracán —a manera de “farsas”—, Tz’unün Ocot (o danza-rogación del colibrí) y Xibalbá Ocot (o danza-rogación del diablo) —de índole “rogativa o suplicatoria”—. Los sucesos míticos se desarrollan durante el tiempo inmóvil de los dioses, antes de la creación del sol y, por lo tanto, del tiempo humano: todo ocurre *in illo tempore*, sin sucesión cronológica.

El tema histórico obedece a una información de méritos, estilo “título” o “probanza”, en que los descendientes de los últimos gobernantes quichés se dieron a conocer ante la Corona española para conservar prebendas: tierras, vasallos, tributos. De hecho, la enumeración de las Casas Grandes del Quiché, descendientes de los cuatro primeros padres, responde a las probanzas de linaje, tan comunes en el siglo XVI, y no es de extrañar que la historia genealógica se arraigue en la historia sagrada, que se remonta al tiempo mismo de la creación del universo por parte de los dioses. Otros documentos mayas contemporáneos similares dan cuenta de este recurso histórico-político y literario, y de igual forma incluyen versiones de la parte mítica del *Popol Vuh*: son *El Título de Yax*, de Totonicapán, de los Tamub, de Pedro Velasco (Mondloch y Carmack, 1989), y varios más.

Una tercera categoría que define al libro implica considerarlo con base en códices prehispánicos. Hasta donde se sabe no es factible por varias razones; la principal es una suposición de Recinos (2002), cuando en el texto se afirma: “*Varal x-chi ca tzibah vi, x-chi ca tiquiba-vi oher tzih...*” (“Aquí escribiremos y comenzaremos las antiguas historias...”). *Oher tzih* significa la “antigua palabra”; es decir, no hay trasunto de códices, sino de transmisión oral. Se le conoce asimismo como *bixic*: obras

escenificadas y transmitidas en forma oral. La posible excepción atañe a la historia genealógica quiché, a semejanza de las numerosas probanzas de la nobleza maya a partir de mediados del siglo xvi y hasta muy entrado el xvii.

Por último, conviene agregar que un gran número de especialistas —en particular estadounidenses— utilizan el *Popol Vuh* para definir y justificar vínculos inalterables con el remoto pasado prehispánico: lo llevan tan lejos como el siglo iii a. C., a la cultura de Izapa, hoy admitida como mixe-zoqueana; además, se hace hincapié en la época clásica (siglos iii-ix d. C.) y su imaginería en cerámica de saqueo, sin que medie ningún criterio arqueológico ni iconográfico sólido.

El *Popol Vuh* según los ladinos

La fama mundial de que goza el *Popol Vuh* se originó en 1857, cuando la traducción española de fray Francisco Ximénez fue publicada por primera vez en Viena por Karl Scherzer. Cuatro años más tarde apareció la versión francesa de Brasseur y, curiosamente, en ésta se basan la mayoría de las ediciones en español, gracias a los esfuerzos de Adrián Recinos, quien hizo una traducción del francés y comparó con el texto de Ximénez, además de revisar, anotar y comentar el libro. En 1947, una edición del Fondo de Cultura Económica (FCE) puso la obra al alcance de los lectores; 25 años más tarde, por acuerdo presidencial, se publicó en Guatemala el facsimilar de fray Francisco Ximénez.

Sin ánimos de hacer una reseña de ediciones del *Popol Vuh*, cabe mencionar otra muy notoria por varias razones. Es de 1979, tiene pie de imprenta del Centro de Investigaciones y Estudios Superiores en Antropología Social (CIESAS) y ofrece una nueva traducción directa del quiché al español, la cual se debe al gran estudioso Adrián Inés Chávez (San Francisco el Alto, Totonicapán, 1904-Quetzaltenango, 1987). Dos años más tarde esa traducción fue reeditada en Quetzaltenango por el Centro Editorial Vile. Casi 30 años después, en 2008, fue lujosamente reimpressa en México, ilustrada con acuarelas de Diego Rivera (figuras 1-4).

La obra de Chávez recibió los comentarios más elogiosos. Se dijo que señalaba el final de una era en que los ladinos hablaron y escribieron acerca de los quichés en su nombre, y que se trataba de un texto fundamental, descolonizado, ya que don Adrián había corregido el manuscrito de fray Francisco Ximénez. También se agregó:

[...] constituye el esfuerzo más serio y mejor fundamentado que se haya hecho para esclarecer y divulgar el libro más importante de una identidad verdaderamente americana que, al mismo tiempo que hiende con sus raíces en el pasado más remoto de los pueblos de este continente, extiende su follaje ilimitado hacia un porvenir preñado de promesas y cargado de reivindicaciones [Chávez, 2008: 24].

Sin ser hablante de quiché ni restar nada al trabajo de Chávez, debo decir que tales elogios resultan exagerados. Basta leer con sumo cuidado las versiones quiché y española para percatarse de las

POPOL VUH.
LE
LIVRE SACRÉ

ET LES MYTHES
DE L'ANTIQUITÉ AMÉRICAINE,
AVEC LES LIVRES HÉROÏQUES ET HISTORIQUES DES QUICHÉS.
OUVRAGE ORIGINAL DES INDIÈNES DE GUATEMALA,
TEXTE QUICHÉ ET TRADUCTION FRANÇAISE EN REGARD, ACCOMPAGNÉ DE NOTES
PHILOGOQUES ET D'UN COMMENTAIRE
SUR LA MYTHOLOGIE ET LES MÉTAMORPHOSES DES PEUPLES ANCIENS DE L'AMÉRIQUE, ETC.,
COMPOSÉ SUR DES DOCUMENTS ORIGINAUX ET IMÉDITS.

PAR
L'ABBÉ BRASSEUR DE BOURBOURG,

Docteur de l'Université des sciences ecclésiastiques de Metz et de l'Amérique centrale, Membre des
Sociétés de Géographie de Paris et de Mexico, de la Société Economique de Guatemala,
de la Société d'Ethnographie de Paris, etc., ancien administrateur ecclésiastique
des Quichés de Rabinal, des Cakchiquels de San-Juan Sacatepeque,
des Mams d'Interocean, de Z'ozuncel, d'Uch'ul et de Totoposte, etc.

1861

Figura 1. Edición del abate Brasseur de Bourbourg, 1861.

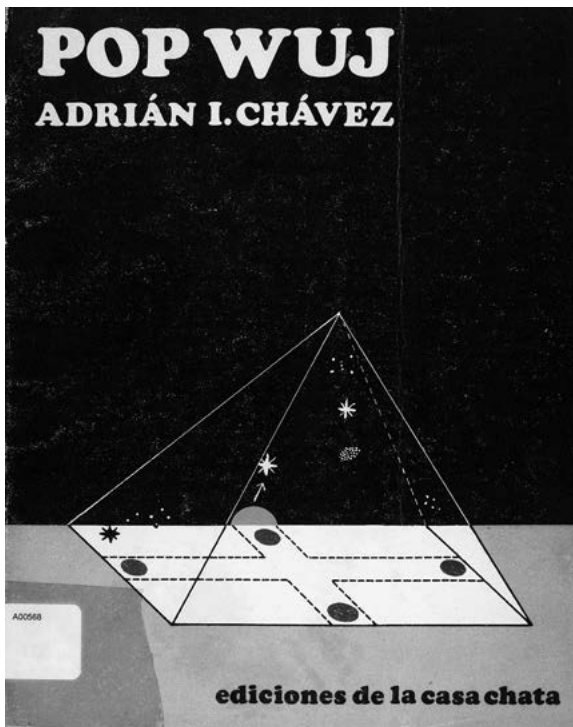


Figura 3. Edición del CIESAS, 1979.



Figura 2. Edición del FCE, 1947.

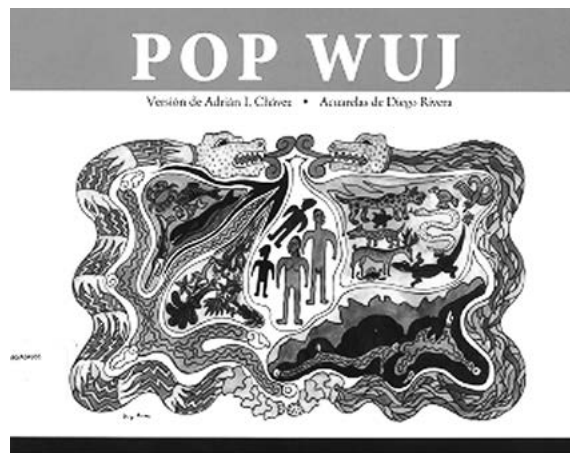


Figura 4. Reedición del CIESAS ilustrada con acuarelas de Diego Rivera, 2008.

Todos los derechos de las imágenes incluidas en este artículo son propiedad de sus respectivos dueños o autores.

numerosas ambigüedades y conflictos de la traducción. Las razones, no imputables a don Adrián, se hallan en que el lenguaje del *Popol Vuh*, que no sólo es antiguo y “erudito” o “arcaizante”, corresponde a formas literarias hoy ausentes del discurso formal quiché, que asimismo obedecen al bagaje cultural del autor anónimo del siglo XVI, quien además nunca se identificó como quiché ni como miembro de la nobleza aborígen.¹

Por otro lado, no quiero omitir el contexto en que apareció la primera edición del CIESAS: por acuerdo presidencial, en 1972, se publicó el facsimilar de Ximénez. En el *Diario de Centroamérica*, antes *El Guatemalteco*, el 12 de junio de ese año, a la letra se lee:

Palacio Nacional: Guatemala, 30 de mayo de 1972

El Presidente de la República,

CONSIDERANDO:

Que, entre los fines culturales que se ha determinado llevar a cabo el Gobierno de la República, está con carácter fundamental, la difusión y exaltación del libro;

CONSIDERANDO:

Que el año 1972 ha sido proclamado el Año Internacional del Libro, por la Conferencia General de la Organización de las Naciones Unidas para la Educación, la Ciencia y la Cultura (UNESCO);

CONSIDERANDO:

Que el *Popol Vuh* representa de suyo el libro que configura, y sigue configurando, espiritual y culturalmente a nuestra patria y que, desde el punto de vista universal, representa una de las más valiosas reliquias del pensamiento aborígen,

POR TANTO,

Y en uso de las facultades que le confiere el inciso 4º del artículo 189 de la Constitución de la República,

ACUERDA:

Artículo 1º. Se declara el *Popol Vuh* el Libro Nacional de Guatemala.

Artículo 2º. El Gobierno de la República, por medio del Ministerio de Educación, pondrá en obra la reproducción impresa, en edición facsímil, con carácter de homenaje, del texto manuscrito del *Popol Vuh*.

Artículo 3º. Se delega en el Ministerio de Educación el cumplimiento del presente acuerdo, el cual entra en vigor inmediatamente.

Comuníquese,

Arana O.

El Ministro de Educación

Alejandro Maldonado Aguirre

[Asociación de Periodistas de Guatemala, 1979: 7]

1. René Acuña (1998) sugiere que pudo ser un fraile dominico quien reunió los mitos entre 1556 y 1563, copiados por Ximénez hacia 1725-1728.

Es decir, por decreto presidencial el *Popol Vuh* se erigió en el “Libro Nacional” y signo de identidad maya, junto con el quetzal y la ceiba. Sin embargo, debe recordarse que fue la época del más repugnante genocidio maya cometido en Guatemala, que incluso involucró a México. No obstante el repudio del mundo entero, los asesinatos eran cotidianos y más que evidentes. Matanzas ordenadas por Carlos Arana Osorio, general golpista, presidente espurio, apoyado por el oro y las armas extranjeras, cabeza de una política vergonzante: la del golpe de Estado y la aniquilación de los herederos del *costumbre* y la tradición.

Así, el *Popol Vuh* se volvió por decreto la obra literaria cumbre no sólo de los mayas prehispánicos, sino de todos los americanos, mas nunca sirvió para salvarlos del genocidio: asesinados, despreciados, analfabetas, despojados de su identidad. El “indio” vivo nunca ha sido el digno heredero de sus antepasados. De tal suerte, la cultura maya se volvió patrimonio mundial, pero no de los propios mayas.

En tiempos recientes la cultura maya recibió un nuevo impulso de interpretación, pero desde sustratos populares, investidos con pseudoerudición. Me refiero a la poco exitosa película *Apocalypse*, cuyo responsable es Mel Gibson. No me interesa aquí hablar de semejante bodrio, pero no puedo callar acerca de la fuerte influencia que ha ejercido en distintos sectores de la población, incluidos los mayas.

Algunas consecuencias contemporáneas de la publicación del *Popol Vuh* son los espectáculos turísticos involucrados en la famosa “Ruta Maya”, la cual goza del beneplácito —amén del patrocinio y financiamiento oficial— beliceño, guatemalteco y mexicano. Los turistas gozan de *shows* magníficos en los que se reconstruye el pasado prehispánico maya, donde permean los mitos del *Popol Vuh*, en especial los pasajes relativos al juego de pelota y el viaje de los hermanos Hunahpú e Ixbalanqué al Xibalbá, con todas las pruebas a que los someten los señores del inframundo. Y aún más relevante es la presencia de “rituales mayas” representados en Teotihuacán, que a todas luces resultan de las propuestas de Clemency Coggins, Linda Schele y otros investigadores estadounidenses acerca de que esa ciudad “influyó” fuertemente en la cultura maya del Clásico temprano (siglos III-VII d. C.). Este panorama se profundizó con el muy mentado “fin del mundo según las profecías mayas”, que todos sufrimos en distinto grado en 2012. Empero, no existen límites. En la actualidad esos espectáculos turísticos equiparan a Moctezuma II con quién sabe cuáles gobernantes mayas y se espera de nuevo “el fin del mundo”.

Otro aspecto originado en las interpretaciones ladinas —despojadas de percepciones grotescas— muestra un gran respeto por las antiguas tradiciones. Entre estas interpretaciones están, por ejemplo, las ilustraciones de Carlos Mérida para la edición facsimilar de 1972, o las de Diego Rivera hechas para una edición japonesa que no consolidó. Después de ellos ha existido una amplia pléyade de intelectuales que, inspirados en las historias míticas del *Popol Vuh*, han dado a conocer sus inspiraciones, reflexiones y lecturas académicas, plásticas, teatrales y coreográficas; entre estas dos últimas cabe mencionar el experimento con títeres que llevó a cabo Rosario Castellanos en Chiapas entre 1955 y 1958, con el relevante Teatro Petul, el cual hoy cuenta con algunos herederos en Guatemala.

Así, nos enfrentamos a dos vertientes irreconciliables. Por un lado se encuentra la falsa creencia de que el *Popol Vuh* equivale a toda la cultura maya, sin importar desarrollos locales a lo largo de los siglos; de ahí los mamarrachos estilo *Apocalypso*. En el mismo nivel, tristemente equiparable, se hallan las interpretaciones de especialistas que hacen tabla rasa y adjudican a los mayas una cultura monolítica, decadente y susceptible a las modificaciones recibidas del exterior: los mayas teotihuacalizados, los mayas toltequizados, los mayas ladinizados, los mayas apocalípticos... y pocas veces los mayas *per se*, con su propia voz y cultura.

Por otra parte —sin que interfieran juicios de pertinencia ni adecuación— nos encaramos a ejemplos “asépticos” como los de Diego Rivera, o los participativos como los de Rosario Castellanos y una vasta multitud de personajes que nos hablan de otro tipo de compromiso: los mayas bajo sus propias voces, incluso ladinos “hermanos de lucha”. La lista es muy amplia y generosa en nombres de insignes investigadores y compañeros. Y esto último resulta más notable a partir del regreso a la democracia en Guatemala y el movimiento zapatista de liberación nacional.

Los mayas

En 1974 los mayas en Chiapas decidieron juntarse para compartir saberes acerca de la tierra, la justicia y, en fin, la cultura propia. Discutieron en sus idiomas: ch’ol, tojolabal, tzeltal, tzotzil, mam... Fue un resquicio abierto —acaso de manera involuntaria y paradójica— por el decreto de Arana referente al *Popol Vuh*: recuperar la palabra prístina. El proceso se prolongó hasta mediados de la década de 1980, cuando comenzaron a revelarse en México los movimientos sociales mayas, que se concretaron en el famoso Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN). *Grosso modo*, también recibieron estímulo por parte del regreso a la democracia en Guatemala, cuando en 1986 fue electo el primer presidente no militar, Marco Vinicio Cerezo Arévalo, y comenzó —se supone— el final del genocidio.

No es mi intención hacer aquí el recuento de la historia hermanada entre Chiapas y Guatemala a lo largo de tres décadas; tampoco de las intenciones y actividades del EZLN ni de los numerosos comunicados en boca y por letra del llamado subcomandante Marcos. Antes bien, me interesa destacar ciertos relatos que éste y los demás compañeros zapatistas escucharon y aprendieron de boca de uno de los ancianos más venerables entre los tzotziles chiapanecos, el nombrado Viejo Antonio, muerto en 1984 de tuberculosis. Estos relatos fueron publicados en 1998 por el Centro de Información y Análisis de Chiapas (Subcomandante Insurgente Marcos —en adelante SIM—, 1998), de acuerdo con las memorias que de él conservaba el subcomandante Marcos.

Conviene señalar que muchas de las enseñanzas del Viejo Antonio reflejan el hondo pensamiento de los mayas —y no sólo de Chiapas— en relación con lo referente al mundo, su funcionamiento y el papel de los humanos para el desarrollo cabal del universo. Trasluce una lección, “la más principal”: enseñar a los hombres a convivir en justicia y paz, con base en el diálogo, el acuerdo, el consenso de toda la comunidad. Así, las sabias palabras del Viejo Antonio se cuelan hasta nosotros y llevan aires

de renovación, envueltas en muy antiguos decires, que de inmediato traen a la memoria distintos pasajes del *Popol Vuh*. Sirvan algunos ejemplos.

Don Antonio habló de siete grandes dioses, habitantes de sendos aires o cielos, desde el más alto hasta el más bajo:

[...] el séptimo aire el de nohochaacyum, el gran padre Chaac. En el aire sexto los chaacob o dioses de la lluvia. En el quinto los kuilob kaaxob, los señores del yermo. En el cuarto aire los guardianes de los animales. En el aire tercero los malos espíritus. En el segundo los dioses del viento. En el primero, inmediatamente por encima de la tierra, los balamob que guardan las cruces del pueblo y de las milpas. En las profundidades estaba kisín, el dios del temblor y del miedo, el diablo.

—Y también decían los primeros dioses que siete eran los colores y siete su número en que se contaban [SIM, 1998: 83].

Resulta muy interesante que mencionara a los dioses ocupantes de los cielos en términos de una cosmovisión compartida por los lacandones. La vecindad secular maya tiene aquí su mejor mestizaje. En otra ocasión, el Viejo Antonio mencionó los nombres de los dioses según el *Popol Vuh*, y los señaló por parejas y funciones en el origen de todo:

Cuentan los más viejos de nuestros viejos que sus grandes abuelos decían que el mundo se nació de la palabra. Pero no de la palabra de uno solo, que se habla a sí mismo o nomás para adentro habla.

Dicen los grandes abuelos que los dos que son uno se encontraron en la oscuridad de la noche y que se hablaron uno al otro mutuamente y que se meditaron, que es una forma de hablar sin palabras.

Dicen los más viejos abuelos que algunos llaman al uno que es dos nombrándolos Tepeu y Gucumatz.

Y dicen también que el uno que es dos, por siete veces es.

Es el Tzacol y el Bitol, que son la madre creadora y el padre formador.

Es el Alom y el Qaholom, que son la madre que cría y el padre que cuida.

Es el Hunahpú-Vuch y el Hunahpú-Utiú, que así llaman a la madre mañana y el padre noche...

Es el Zqui-nima-tzhs, y el Nima-Ac, la madre abuela y el padre abuelo.

Es el Tepeu y el Gucumatz, que quiere decir la madre que lucha y vence y el padre que bien gobierna.

Es el U-Qux-Paló y el U-Qux-Cah, que es como se nombran la madre mar y el padre Corazón del Cielo.

Es el Ah-Raxá-Lac y el Ah-Raxá-Tzel, rostros que son de la madre tierra y el padre cielo.

Y siete veces son el uno que es dos de los dioses más primeros, los que nacieron el mundo.

Y dicen que ese uno que es dos siete veces se pusieron de acuerdo y juntaron sus palabras y sus pensamientos y entonces acordaron y planearon el nacimiento del mundo.

Dicen los más grandes abuelos que los dos que son siete veces uno se llamaron entre sí en el Hurakán, que es otra forma de llamar al “Corazón del Cielo”.

Y dicen los más antiguos que nacer el mundo no es fácil, que varios se necesitan, que la palabra es herramienta y material de construcción, y que es en el tiempo de Hurakán cuando se nacen las palabras, que por las palabras nacen acuerdos y que los acuerdos amanecen mundos.

Así dicen los más antiguos, nuestros abuelos más abuelos, que el Corazón del Cielo se hace Caculhá Hurakán, nombrado también solamente Hurakán, y en mojado viento de luz hace su plan de nacer mundos nuevos [EZLN, 2003: 265-266].

No es sólo una recitación memorizada del *Popol Vuh*, sino su readaptación a las situaciones modernas, exigentes de nuevas perspectivas ante los sucesos cotidianos. El *Viejo Antonio* trata acerca del diálogo y la reflexión silenciosos y del acuerdo que son capaces de crear mundos enteros. Así, nombrados los actores principales del drama cósmico, falta mentar a los actores del drama humano:

Cuando el mundo dormía y no se quería despertar, los grandes dioses hicieron su asamblea para tomar los acuerdos de los trabajos y entonces tomaron acuerdo de hacer el mundo y hacer los hombres y mujeres. Y llegó en la mayoría del pensamiento de los dioses de hacer el mundo y las personas. Y entonces pensaron de hacer las gentes y pensaron de hacerlas que fueran muy bonitas y duraran mucho y entonces hicieron a las primeras gentes de oro y quedaron contentos los dioses porque las gentes que hicieron eran brillantes y fuertes. Pero entonces los dioses se dieron cuenta de que las gentes de oro no se movían, estaban siempre sin caminar ni trabajar, porque estaban muy pesadas.

Y entonces se reunió la comunidad de los dioses para sacar acuerdo de cómo van a resolver ese problema y entonces sacaron acuerdo de hacer otras gentes y las hicieron de madera y esas gentes tenían el color de la madera y trabajaban mucho y mucho caminaban y estaban otra vez contentos porque el hombre ya trabajaba y caminaba y ya se estaban de ir para echar alegría cuando se dieron cuenta que las gentes de oro estaban obligando a las gentes de madera a que las cargaran y les trabajaran.

Y entonces los dioses vieron que estaba mal lo que hicieron y entonces buscaron un buen acuerdo para remediar la situación y entonces tomaron acuerdo de hacer las gentes de maíz las gentes buenas, los hombres y mujeres verdaderos, y se fueron a dormir y quedaron las gentes de maíz, los hombres y mujeres verdaderos, viendo de remediar las cosas porque los dioses se fueron a dormir. Y las gentes de maíz hablaron la lengua verdadera para hacer acuerdo entre ellas y se fueron a la montaña para ver de hacer un buen camino para todas las gentes [SIM, 1998: 21-22].

Del relato descuellan las tres creaciones de la humanidad, si bien con matices en cuanto a quiénes son y de qué material están hechos. La innovación es el oro, que sin duda alude a los ladinos ricos, mientras que los de madera son los pobres, esclavizados por los primeros. A los de maíz se les confiere el don de ser los primeros entes con miedo y esperanza: los verdaderos hombres.

Como es su costumbre, el Viejo Antonio narra una historia adecuada a determinadas circunstancias. Así ocurre con el relato renovado del soberbio Vucub-Caquix:

Hace ya mucho, sí. El tiempo aguardaba aún el tiempo de tiempo hacerse. Andaban los dioses más grandes, los que nacieron el mundo, los más primeros, como de por sí siempre andaban: a las carreras y en su apurada. Porque resulta que estos primeros dioses largo habían tardado en sus bailaderas y cantaderas, y tardando estaban en hacerse a la Luna y el Sol, cuyo trabajo era dar luz y sombra al mundo que muy despacio se andaba. Entonces el Vucub-Caquix, el siete veces guardador de los siete colores primeros, se dio en pensarse que él era el Sol y la Luna, puesto que muchas y muy hermosas eran las luces de colores que lo vestían y, como alto se volaba, lejos llegaba su vista y, así le parecía, todo lo alcanzaba. Ya en la tierra se andaban los hombres y mujeres, pero no muy quedaban. O sea que los dioses primeros ya llevaban varias veces haciendo hombres y mujeres y pues nomás no les quedaban mero buenos. Como si aprendiendo estuvieran los más grandes dioses emborronaban el mundo haciendo y corrigiendo los hombres y mujeres que les nacían. Tiempo faltaba, pues, para que fueran hechos los hombres y mujeres de maíz, los verdaderos. Ocupados como estaban, no conocieron los primeros dioses lo que el Vucub-Caquix andaba diciendo y que ya quería que, como a luminosa luz, todos lo adoraran. Cuando lo supieron, los más grandes dioses tuvieron una gran idea: llamaron a dos jóvenes dioses y a dos viejos dioses para que en su lugar pusieran al Vucub-Caquix. Los dos muchachos dioses se llamaron Hunabkú e Ixbalanqué, que son los nombres con los que también se camina el cazador de la madrugada. Los dos dioses viejos eran Zaqui-Nin-Ac y Zaqui-Nimá-Tziis, la pareja creadora. Hunabkú e Ixbalanqué con cerbatana le lastimaron la boca al falso Sol-Luna que luz grande presumía. Grande fue el dolor del Vucub-Caquix, pero no cayó. Fueron entonces los antiguos creadores y le ofrecieron arreglarle la boca y le quitaron sus hermosos dientes, y por dientes de maíz los reemplazaron y se le cayó la cara el Vucub-Caquix y ya le cegaron sus ojos y olvidó sus ansias de grandeza y quedó de por sí como ahora vuela estas montañas, como guacamaya de desordenado vuelo. Así fue de por sí, también en los pueblos hubo y hay quien Sol y Luna se cree, y grande y poderosa luz presume. Tal son el oro, el dinero y el poder político que con él como paso y destino se levanta. Su luz ciega y transforma, hace creer como cierto lo falso y esconde la verdad detrás de caras dobles [SIM y Ponce de León, 2011: 98].

Bailar y cantar: tareas genésicas ineludibles. Y estamos de vuelta en el origen de la parte mítica del *Popol Vuh*: bailes cantados, recitaciones escenificadas, aunque el Viejo Antonio no lo indicó. Además incluyó máximas éticas: no ensoberbecerse, no cegarse, pues significa olvidar y perder el camino. Mediante la palabra, ofrecía lecciones para conocer con exactitud el lugar que cada quien ocupa en el mundo y las tareas que le tocan: conocer el pasado significa mantener la vista clara y no perder la memoria colectiva que da razón de ser a la sociedad.

Los ejemplos podrían alargarse durante varias horas. Empero, juzgo prudente terminar estas revisiones y dejar paso a las reflexiones finales.

Comentarios finales

Hablar del *Popol Vuh* implica referirse a un amplísimo conjunto de lecturas e interpretaciones que sobrepasan al texto original. No es sólo encararse con el Libro Nacional de Guatemala que, además, pretende conferir —de modo absurdo— identidad a toda la América indígena. Implica asimismo enfrentarse a lecturas y sobrelecturas emanadas de centros académicos reconocidos que afectan a la propia identidad maya: retraer el texto, escrito en la segunda mitad del siglo *xvi*, a un pasado remoto y ajeno situado en el siglo *iii* a. C. o al periodo Clásico (siglos *iii*-*x* d. C.), y divulgar tal creencia entre los herederos de la antigua tradición es traicionar a esa cultura, puesto que se le niega su justa historicidad y su propio dominio sobre el tema.

De ahí las interpretaciones desproporcionadas, comunes en ciertas capas sociales-intelectuales, que nublan el panorama encaminado a la comprensión de la cultura maya en su conjunto milenario, por más que se vistan con ropajes de prestigioso academicismo. Es decir: resulta inválido —y carente de ética— dar a los mayas aquello que los especialistas juzgan “maya”, de suerte que este rico y antiguo pueblo cambie sus propias tradiciones y costumbres para adoptar las que los ladinos les “enseñan”.

Desde las extrañas propuestas dirigidas al turismo internacional, ávido de temas sensacionales, hasta peculiares lecturas inspiradas en pasajes del *Popol Vuh*, este libro no cesa de transmitir mensajes. Digno legado del mestizaje nacido en el ahora lejano siglo *xvi*, *mélange* de fuentes: antiguo y nuevo testamentos, bailes y cantos populares mayas, genealogías de los reyes quichés. Mitos e historia vertidos en un libro nacido de la pluma y la mente privilegiadas de un individuo que supo mezclar distintas tradiciones con un objetivo peculiar: evangelizar, incluso a costa de la antigua tradición vertida en farsas y representaciones escénicas. Un extraño resultado que, sin duda, se ha elevado a los ámbitos de la gran literatura universal —nadie lo duda— y a la vez mantiene su vigencia y actualidad entre el pueblo que le dio origen.

Así lo demostramos el Viejo Antonio y todos los que lo seguimos con el deseo de transitar el sendero ancestral. Su voz es una más de quienes saben unirse al nuevo pasado y lo enseñan: el de las conquistas por propios y extranjeros, pero que retoma lo digno del trágico devenir y lo incorpora después de no importa cuántos años de opresión, ultrajes y asesinatos masivos recurrentes. Voz de un digno hombre de maíz, el Viejo Antonio también sabe buscar la esperanza desde el centro mismo del miedo y la violencia —sea el Quiché, el Petén, Las Verapaces o Acteal— para formular nuevas expresiones vitales y nuevas rutas de tránsito con el fin de no fenecer en el olvido y en la sangre no vindicada. Y no está solo en el camino: lo acompañan multitudes de compañeros mayas, desde diferentes trincheras: los textiles, la pintura, la poesía. Porque la memoria es la llave del futuro, que se mira y escucha en la madre tierra misma, según los mayas que saben mirar y escuchar.

No resulta pertinente idealizar a los mayas, sean antiguos o modernos. A precio de sangre, sus enseñanzas no paran en la rehechura y reinterpretación de un texto señero como el *Popol Vuh*. Los

mayas buscan afanosamente incontables vías para no cegarse frente al mañana y perder el camino. De esta manera las tradiciones y el *costumbre* pueden sufrir modificaciones tales que permitan conservar la identidad, al rehacer y reinterpretar los viejos mitos para contarlos una y otra vez, arropados con numerosos atavíos modernos. Así, el pasado se mantiene elocuente a pesar de todo y con la guía de “los más grandes dioses, los que nacieron el mundo”. La gente verdadera, la de maíz, sabe que la historia se puede reinterpretar y reinventar para no morir en la disolución y el olvido.

Y no se trata de la *Historia magistra vitae*: el asunto va mucho más profundo que eso. Conocer el pasado confiere certeza, unidad grupal y cultural, sin mediar las fronteras políticas actuales, en tanto se busca la solución más adecuada a los conflictos locales o regionales, por más cruentos que lleguen a ser. Los ejemplos abundan. Por ende, con la cara vuelta al pasado —porque éste siempre queda enfrente y es lo único cierto—, los mayas lo reinventan y adaptan día a día. Conocen y rehacen su historia. Y así buscan perdurar, no perder el camino.

Bibliografía

- Acuña, René (1978). *Farsas y representaciones escénicas de los mayas antiguos*. México: Centro de Estudios Mayas-IIFL-UNAM [Cuadernos del Centro de Estudios Mayas, 15].
- _____. (1998). *Temas del Popol Vuh*. México: IIFL-UNAM [Ediciones Especiales, 10].
- Asociación de Periodistas de Guatemala (1979). *APG. Números 47-56*. Austin: University of Texas.
- Brasseur de Bourbourg, Charles Étienne (1861). *Popol Vuh. Le livre sacré et les mythes de l'antiquité américaine avec les livres héroïques et historiques des Quichés. Ouvrage original des indigènes de Guatémala, texte quiché et traduction française en regard, accompagnée de notes philologiques et d'un commentaire sur la mythologie et les migrations des peuples anciens de l'Amérique, etc., composé sur des documents originaux et inédits, par l'abbé Brasseur de Bourbourg*. Londres: Trübner.
- Chávez, Adrián I. (2008). *Pop Wuj*. México: CIESAS/INAH/Fundación Diego Rivera/Conacyt.
- Ejército Zapatista de Liberación Nacional (EZLN) (2003). *Documentos y comunicados 4. 14 de febrero de 1997-2 de diciembre de 2000*. México: Era.
- Estrada Monroy, Agustín (ed.) (1973). *Empiezan las historias del origen de los indios de esta provincia de Guatemala. Popol Vuh*. [Traducido de la lengua quiché a la castellana por el R. P. fray Francisco Ximénez (ed. facs.)]. Guatemala: José de Pineda Ibarra.
- Lara Figueroa, Celso A. (ed.) (2007). *Popol Vuh* (3ª ed.). Guatemala: Artemis-Edinter.
- Mondloch, James. L., y Carmack, Robert M. (trads.) (1989). *El Título de Yax y otros documentos quichés de Totonicapán, Guatemala* [ed. facs.] (1ª ed.). México: Centro de Estudios Mayas-IIFL-UNAM.
- Pérez López, Enrique (1998). *Muk'ulil San Juan: cuentos y cantos de Chamula. Muk'ulil San Juan: Slo'il xmaxil xchi'uk sk'eoj jchamo'etik*. San Cristóbal de las Casas: Centro de Investigaciones Humanísticas de Mesoamérica y del Estado de Chiapas-UNAM/Unach.
- Recinos, Adrián (2002). *Popol Vuh. Las antiguas historias del Quiché* (8ª reimpr.). México: FCE [Colección Popular, 11].

- Reynaud, Georges (trad.) (2010). *El libro del consejo (Popol Vuh)*. México: Coordinación de Humanidades-UNAM [Biblioteca del Estudiante Universitario, 1].
- Schele, Linda, y Freidel, David (1990). *A Forest of Kings. The Untold Story of the Ancient Maya*. Nueva York: William Morrow.
- Subcomandante Insurgente Marcos (SIM) (1998). *Relatos del Viejo Antonio*. San Cristóbal de las Casas: Centro de Información y Análisis de Chiapas.
- _____, y Ponce de León, Juana (ed.) (2011). *Nuestra arma es nuestra palabra: escritos selectos*. Nueva York: Seven Stories Press.
- Ximénez, Francisco, y Scherzer, Karl (1857). *Las historias del origen de los indios de esta provincia de Guatemala: traducidas de la lengua quiché al castellano para más comodidad de los ministros del S. Evangelio*. Londres: Trübner.